

causa asombro, que si fuera paso podia por debajo de él pasar un navío de porte á vela tendida: de este arco, en que gastaron cinco años en hacerlo, van despues disminuyendo sesenta y siete arcos colaterales conforme va subiendo la barranca hasta que vuelven á coger el plan de la atargea. Estando en esta obra fue un alcalde de corte á ver las dificultades que ponian los que juzgaban imposible que el agua, por parecer estaba muy baja, subiese á tanta altura, y sin darse á conocer fue á comunicar con el religioso esta dificultad, y con su conversacion y ver que un gato que tenia le trajo un conejo para comer, y que diciéndole el religioso que fuese á traer otro para el huésped, le trajo, quedó convencido á que tendria efecto la obra que se hacia.

“Lo que es digno de ponderarse, es el ingenio con que la hizo tan perfecta, sin haber aprendido el arte para tan insigne obra, la perseverancia que tuvo en diez y siete años que gastó en hacerla, y la fortaleza con que ha perseverado en mas de ciento y cuarenta años, sin que se haya descantillado una piedra, y sin que le haya nacido una yerba en distancia de quince leguas que corre la atargea por los rodeos que hace, sin haber faltado agua en tantos años. . .”

Así se espresaba el P. Vetancurt acerca de esta obra admirable á fines del siglo décimoséptimo. El escelente religioso que la llevó al cabo de una manera todavía mas admirable, fue natural de Tembleque (lugar de cuyo nombre tomó su apellido), perteneciente á tierra de Toledo. Vino á nuestra patria en compañía del P. Fr. Juan de Romañones, y á los pocos años de residencia supo la lengua mejicana con tal maestría, que no solo conversaba en ella como cualquiera de los naturales, sino que en la misma les predicaba con notable desembarazo.

Por mandato de sus prelados fue á morar á Otumba, donde se dedicó á construir la obra referida, una parte de la cual se edificó cerca del campo donde años antes el ejército azteca habia sido derrotado por el conquistador: los hijos de Otumba que presenciaron aquel descalabro, ó sus descendientes, no pudieron menos de conocer á vista del acueducto la distancia que separa la conquista que se vale de medios violentos, de la que para consolidarse estudia las necesidades de los pueblos y las remedia con obras de pública utilidad.

No lejos del puente principal edificó el P. Tembleque una ermita que dedicó á nuestra Señora de Belen, y junto á ella una

celdita donde vivia pobremente, proporcionándose alimento del modo ya indicado. Moró allí muchos años, y ya en los últimos de su vida pasó con el cargo de guardian al convento de Puebla, y despues á Zempoala, donde acabó sus dias en la observancia de su instituto y ocupado en aliviar las miserias de sus semejantes.

La obra portentosa que ha trasmitido su nombre hasta nosotros y que le hará pasar á las mas remotas generaciones con el sello de la gratitud de la nacion mejicana, resistió imperturbable el empuje del tiempo por mas de dos siglos. El descuido y la indolencia hicieron despues que ya no sirviese al objeto á que la destinara el venerable religioso, y hoy, de toda esa fábrica colosal, no quedan en pie sino algunos arcos monumentales que causan al viajero la misma admiracion que las ruinas de los acueductos romanos; huellas magníficas del paso de un gran pueblo por el mundo.

 XX.

INUNDACIONES DE MEJICO Y DESAGÜE DE LAS LAGUNAS.

Nadie ignora que la capital de la República ha tenido sus diluvios causados por las crecientes de los grandes depósitos de agua que cubren una buena parte de la superficie que la rodea.

A este mal se han aplicado dos remedios diferentes, pues se ha tratado de impedir la invasión de las aguas, bien oponiéndoles un dique, ó bien proporcionándoles un derrame para disminuirlas en su lecho natural: lo primero se ha logrado en parte por medio del sistema de albarradas, y lo segundo tambien en parte por medio del desagüe del lago de Zumpango, al cual se ha abierto paso por el canal de Huehuetoca. Púsose en práctica ademas otro medio, que podemos llamar negativo, y fue.

pedir la entrada de ciertos rios en las lagunas, como se hizo con el de Cuauhtitlan respecto de la de Zumpango, variándole el cauce.

Para impedir las inundaciones en lo antiguo, solo se echó mano del primero de los medios indicados, y es famosa la albarrada que Moteuczoma el mayor mandó construir ayudado de Netzahualcoyotl, el rey de Tacuba y los de Iztapalapan, Coyohuacan y Xochimilco, la cual tenia mas de tres leguas de longitud y dos brazas de anchura, que reformada modernamente es la calzada de Mexicaltzinco y San Antonio Abad. Su objeto era el detener las aguas de los lagos de Chalco y Xochimilco.

Años despues, Ahuizotl, antecesor del segundo Moteuczoma, quiso introducir á la capital las aguas de un manantial llamado *acuecucexco*, que brota en el pueblo de San Mateo Churubusco, entonces Huitzilopochco. La afluencia de esas aguas fue tal, que Méjico se inundó otra vez. Remedióse el mal, y conjuróse el peligro para mucho tiempo despues, con la industria de que se valió otro rey de Texcoco, Nazahualpiltzintli, cegando el referido manantial que, segun se dice, fue á abrirse paso á la otra parte de la cordillera oriental, cerca de Huexotzinco. Parece que en Anáhuac estaba la ciencia vinculada á los reyes de Texcoco.

Sobrevinieron en los siglos posteriores las inundaciones, pues que, segun se ha observado, son inevitables despues de cierto período las crecientes de los lagos.

El gobierno español, para atajar el daño, siguió empleando el procedimiento azteca, reparando las antiguas albarradas y construyendo otras nuevas, como lo verificó en las inundaciones acaecidas en el año de 1553, siendo virey D. Luis de Velasco el primero, y en el de 1604 cuando regia á Méjico el marqués de Montesclaros.

Pero advirtiendo que la medicina aplicada hasta entonces era insuficiente, puesto que el mal persistia, hubo de pensarse mas seriamente en el modo de cortarlo de raíz, y se acudió al desagüe de las lagunas.

La historia y descripcion de esta obra hidráulica nos las da compendiosamente nuestro poeta Ruiz de Alarcon en los siguientes versos:

“Méjico, la celebrada
Cabeza del indio mundo,
Que se nombra Nueva-España,
Tiene su asiento en un valle,
Toda de montes cercada,
Que á tan insigne ciudad
Sirven de altivas muralla:
Todas las fuentes y rios
Que de aquestos montes manan,
Mueren en una laguna
Que la ciudad cerca y baña.
Creció este pequeño mar
El año que se contaba
Mil y seiscientos y cinco,
Hasta entrarse por las casas;
O fuese que el natural
Desaguadero, que traga
Las corrientes que recibe
Esta laguna, se harta;
O fuese que fueron tales
Las crecientes de las aguas,
Que para poder bebellas
No era capaz su garganta.
En aquel siglo dorado
{Dorado, pues gobernaba
El gran marqués de Salinas,
De Velasco heróica rama,
Símbolo de la prudencia,
Puesto que por tener tanta,
Despues de tres vireinatos
Vino á presidir á España),
Trató este nuevo Liourgo,
Gran padre de aquella patria,
De dar paso á estas crecientes
Que ruina amenazaban;
Y despues de mil consultas
De gente docta y anciana,
Cosmógrafos y alarifes,
De mil medidas y trazas,
Resuelve el sabio virey
Que por la parte mas baja
Se dé en un monte una mine
De tres leguas de distancia,
Conque por el centro dél
Hasta la otra parte vayan
Las aguas de la laguna
A dar á un rio arrogancia.
Todo es uno el resolver
Y empezar la heróica hazaña:
Mil y quinientos peones
Continuamente trabajan.

En poco mas de tres años
 Concluyeron la jornada
 De las tres leguas de mina,
 Que la laguna desagua.
 Despues, porque la corriente
 Humedeciendo cavaba
 El monte, que el acueducto
 Cegar al fin amenaza,
 De cantería inmortal
 De parte á parte se labra,
 Que da eterna paz al reino
 Y á su autor eterna fama.¹²

En esta agradable pintura notamos, sin embargo, una omision y la asercion de un hecho hasta el dia no averiguado, y mas bien desmentido por la esperiencia.

Atribuye Alarcon á solo el virey toda la gloria del desagüe, y no nos dice ni una palabra de Henrico Martinez que fue el ingeniero director de la obra.

Ademas, da por cierto que en la laguna (que sin duda se refiere á la de Texcoco) hay un desaguadero natural que traga las corrientes que recibe la propia laguna. Este es un problema que trató de resolver el P. Francisco Calderon, jesuita, sondeándola durante tres meses consecutivos; mas el sumidero no pareció por ninguna parte, si bien el P. Calderon pretendia fundar la existencia de él en el testimonio de algunos naturales de los mas entendidos, y en el de antiguos mapas mejicanos. Por lo demas, todavía al presente afirman los indios que hacen en canoa la travesía de Méjico á Texcoco, que hay en la laguna tal sumidero, llamado por ellos *el remolino*.

Sea de ello lo que fuere, lo que no admite duda es que tanto en la construccion de las albarradas y calzadas, como en la del desagüe, tuvieron los franciscanos una parte muy eficaz, ora dirigiendo las obras como peritos, y ora estimulando á los operarios á que trabajasen activamente, proporcionándoles, no obstante, la debida remuneracion, librándolos de las pesadas faenas á que otros directores menos compasivos los condenaban. Vivos están entre otros los ejemplos de los PP. Fr. Gerónimo de Zárate y Fr. Juan de Torquemada, citados en otra parte con ocasion de la calzada de la Piedad que, así como otras, alinearon y construyeron. Estos mismos religiosos dirigieron, como maestros de obras, la reparacion de la albarrada que mandó hacer D. Luis de Velasco el primero, y tuvieron á su cargo la

construccion y aderezo de las calzadas de San Cristóbal, San Antonio Abad, Chapultepec y Guadalupe, en la que trabajaron á un tiempo cerca de dos mil peones. Otros religiosos de la misma órden, como el P. Fr. Francisco Moreno, cuidaron del hospital que se dispuso para asistencia de los operarios que enfermaran durante la apertura del canal de Huehuetoca, y otros, como los PP. Luis Flores, Bernardino de la Concepcion y Manuel de Cabrera, muerto Henrico Martinez, tuvieron la superintendencia del desagüe. Y aunque para el desempeño de este encargo no tuviesen toda la aptitud que hubiera sido de desearse, el mismo nombramiento que de ellos se hizo manifiesta que á lo menos eran las personas que, en su tiempo, estaban dotadas de mejores luces, ó que inspiraban á la autoridad por otras prendas mayor confianza.

Una de estas era sin duda la caridad que los inflamaba, la caridad que ejercian aliviando los padecimientos de los indios, desdichados ilotas cuyas fuerzas eran las que se agotaban en la ejecucion de esas empresas colosales. En comprobacion, y como una muestra del honroso papel que representaron los religiosos en las inundaciones de la capital, véamos lo que dice el padre Vetancurt, describiendo uno de esos cataclismos:

“El año de 629, dia de San Mateo, amaneció la ciudad inundada con cerca de vara y media de agua donde menos; fue considerable la ruina, así de las casas que se cayeron como de la hacienda que se perdió en las bodegas, por haber sido de noche y repentina. Era virey el marqués de Cerralbo, y arzobispo el Sr. D. Francisco Manzo, que salia en canoa á repartir pan á los que no podian salir á buscar el sustento. Todos se mostraron caritativos á tanta lástima; pero los religiosos de San Francisco, como quienes tenian sus conventos á las orillas de las lagunas, se hallaron mas dispuestos para el socorro de las canoas y barcas en que sacaban la ropa y gente, que pobló la comarca huyendo del riesgo de las casas y buscando el sustento para sus familias: para consuelo espiritual de los fieles ponian altares portátiles en las azoteas, donde celebraban los dias festivos para que oyesen misa los que no podian salir con conveniencia de las casas.

“A toda diligencia se hicieron calzadillas á raíz de las paredes, porque no batiesen las aguas, y para el pasaje á los negocios con puentes levadizos en las encrucijadas, y habia can-

tividad de canoas pequeñas que se alquilaban navegando por las calles. Duró mas de cinco años la inundacion, valiéndose en los conventos y casas grandes de norias con que achicaban el agua: permitió la Divina Providencia que en todo este tiempo no se quebrase caño, y así hubo agua dulce en las pilas, que la que inundó la ciudad era salobre: quedó sin inundacion la plaza mayor, la Catedral, el palacio y plazuela del volador, y toda la parte de Santiago por tener mas altura que las calles; el barrio de San Juan de la Penitencia y Santa Cruz, por estar bajos, tuvieron mas agua, y fueron los últimos que quedaron enjutos.

“Despues de enjuta la ciudad con un temblor de tierra que hubo, se trató de que se limpiaran las acequias; señalaron religiosos de San Francisco, que repartidos con cantidad de indios por sus barrios, veinte y tres religiosos limpiaron veinte y dos mil varas de acequias, ahorrando mas de cincuenta mil pesos, porque pedian ciento y cuarenta mil, y con menos de noventa mil se hizo, en especial por los PP. Fr. Juan de Sarabria y Fr. Andrés de Meneses, que llegaron hasta los planes antiguos; y entonces se vió cómo todo lo que coge de la plaza y palacio la acequia principal está enlosada con losas cuadradas de piedra tenayocan, que despues no se han descubierto en las que se han limpiado.

“En el ínterin de la inundacion, como se cerraron las compuertas y creció la laguna de Chalco, temieron no reventara la calzada de Mexicaltzinco, y encomendóse su aderezo al P. Fr. Sebastian de Garibay, guardian que era de dicho pueblo, y á toda diligencia con estacas y terraplen la dejó segura; y porque se advirtió que de las vertientes del volcan venia un arroyo considerable que entraba en ella, se le cometi6 lo divirtiese, como lo hizo, haciéndole madre, y por una barranca lo encaminó á las Amilpas, de que está adelante de Amequemécan en el camino del volcan que va á la Puebla un padron donde está escrita la obra para perpetua memoria. Despues acá, conociendo la utilidad con que los religiosos asisten en las ocasiones que se han limpiado las acequias, se han encomendado á la Religion cada cinco ó cada seis años, que las han dejado á satisfaccion de la República, y con menos costo de lo que se ha gastado en otras ocasiones, porque con la asistencia y cariño de los religiosos trabajan los indios mas animados.”

Como nuestro objeto no es elogiar sistemáticamente, escu-

samos multiplicar ejemplos de los religiosos franciscanos que intervinieron con honra así en el desagüe de las lagunas de Méjico, como en otras obras que redundaban en provecho de la nacion: abundan en las crónicas, y puede cualquiera consultarlas con agrado, cierto de que hallará en ellas pruebas irrecusables de lo que ya hemos asentado varias veces, esto es, que nuestros primitivos frailes eran para su tiempo hombres eminentes, colocados á la altura de la civilizacion que entonces se alcanzaba, aptos no solo para el ejercicio de las virtudes monásticas, sabios consumados, artistas ingeniosos, y mas que todo, espejos de caridad evangélica, derramando su entrañable cariño especialmente sobre la raza conquistada y abyecta, sobre los desgraciados indios.

Pero, ¿qué fatal carcinoma se oculta en el seno de las instituciones humanas! ¿por qué todo está sujeto á la ley de decadencia y aniquilamiento! ¿por qué el sér va gradualmente resolviéndose en la nada, como una llama que se estingue poco á poco! ¿Dónde está ese espíritu sublime, ese fervor creciente, esa constancia imperturbable que distinguian al misionero del siglo decimosesto y le dotaban de una naturaleza hercúlea para acometer las empresas mas árduas? ¿Dónde están esos hombres singulares, de costumbres sencillas, de vestido pobre, que decantaban su separacion del mundo, y vivian sin embargo con el mundo, para difundir la ciencia y avivar el amor del bien entre sus semejantes!

Fueron un instrumento de que se sirvió la Providencia para la obra de regeneracion de un mundo; fueron para su época un elemento de progreso, que no echa menos nuestra sociedad, porque ya no lo ha menester. . . . ¿Químera!

Existe la necesidad, y se hace sentir imperiosamente; la necesidad de obreros desinteresados, activos, inteligentes y constantes, que sin blasonar de filántropos, siembren la semilla de la civilizacion en nuestros pueblos, en nuestras rancherías y en los aduares de los indios bárbaros.

Los frailes pudieron, no hay duda, haber desempeñado ese papel glorioso; los frailes pudieron haber conquistado ese laurel, obtener esa prenda mas de gratitud á que en otros siglos se hicieron acreedores; pero el antiguo fervor habia acabado; no abrigaban ya la conciencia de su benéfico destino, y aunque vivian en cuerpo, eran un cuerpo sin alma.

XXI.

SEGUNDA EDAD.

Hubo, sin embargo, hasta nuestros días miembros ilustres, y sería hacer un insulto á la verdad el negar á las comunidades religiosas esta gloria que fue, á no dudarlo, la principal causa porque se retardó el golpe que despues les sobrevino. Pero ¿qué son algunos miembros llenos de salud cuando el mal reside en la fuente de la vida? ¿qué son algunas columnas firmemente cimentadas cuando se desmorona la parte principal del edificio?

Hubo hasta nuestros días frailes eminentes—nos complacemos en repetirlo—frailes dignos de aspirar al prestigio que ejercieron sus mayores debido solo al mérito, y que ellos pudieron alcanzar caminando por la misma senda; no lo hicieron, y sin embargo bien pudieron haberlo hecho. Aun en esta parte los franciscanos tenían ejemplos que imitar y eran los que les dejaron los venerables religiosos de su orden que florecieron en el siglo décimoséptimo, en lo que llamamos nosotros la segunda edad del instituto en nuestro país.

Ya por ese tiempo habia ocurrido una modificacion importantísima en la condicion de la orden seráfica, que la constituyó en una nueva existencia. Por una medida de la autoridad, sobre cuya conveniencia no disputaremos, gran parte de los pueblos donde los religiosos ejercian la cura de almas, quedó sujeta á la jurisdiccion de los diocesanos, y en consecuencia los feligreses de aquellos pasaron á serlo del clero secular. Reducidos de este modo los franciscanos á los conventos de las principales poblaciones, se limitaron en lo general á esa vida sedentaria, esencialmente monástica, y bajo cierto aspecto infecunda que observaron hasta nuestros días. Mezquina á la verdad era esta esfera; pero no tal que fuese un obstáculo á las nobles empresas; abierto quedaba todavía un vasto campo á los vuelos

pensamiento, y á los sublimes arranques del celo apostólico: en comprobacion de lo dicho citaremos las fundaciones de nuevas custodias y provincias en las regiones septentrionales del territorio mejicano, las crónicas que entonces se escribieron, producciones amables, hijas del amor á la verdad, que son las fuentes mas puras de nuestra historia, y los fructuosos viajes de algunos misioneros que, desdeñando el reposo de la celda, partian á remotos países á buscar almas para comunicarles la luz del Evangelio.

Estos varones distinguidos son los que pudieron servir de norma á los demas: entre ellos se señalaron los que emprendieron sus misiones sin auxilio humano, impelidos solo por su propio esfuerzo, guiados de la caridad como los primeros discípulos de Jesus; y entre ellos tambien descolló el venerable religioso cuya vida bosquejamos á continuacion.

XXII.

FRAY ANTONIO MARGIL DE JESUS.

La curiosidad nos condujo una tarde á la nuèva calle bautizada con el glorioso nombre de *la Independencia*, para visitar una casa que formaba parte del convento de San Francisco.

Hay algo verdaderamente interesante en esa rápida transformacion que reciben algunos edificios antiguos de Méjico, al impulso del dedo de la reforma. De la noche á la mañana vemos convertidos los anticuados monumentos de ayer en elegantes monumentos de hoy; los muros toscos, irregulares, desaliñados y hasta informes abortados por una arquitectura sin arte y caprichosa, ceden el puesto á edificios de formas correctas y graciosas donde se admiran esa sobriedad de ornato, ese primor sencilló que revelan las obras de un gusto mas adelantado. Pero toda la gala, pulidez y refinamiento que distinguen á las nue-